

XII DÍA DEL PÍNFANO CONCURSO DE RELATOS

Por M^a CARMEN JAIME SANTAMARÍA
(PRIMER PREMIO)

VIDAS

Una luz intensa envolvía a todos y cada uno de ellos. Caminaban despacio, mirando al frente, sin comprender muy bien porque estaban allí ni como habían llegado. Mujeres y hombres de todas las edades, bebés en brazos de sus madres, hombres de cabellos blancos, adolescentes de mirada franca y piel tersa, jóvenes y no tan jóvenes.

Los había de todas partes del mundo conocido, Europeos, Americanos, Africanos, Asiáticos, y así hasta completar un mapa en el que todos tenían cabida. Todos tenían algo en común: sus vestiduras y su mirada eran idénticas.

Una túnica blanca les caía desde los hombros y les cubría los pies. Sus cabezas estaban adornadas con una cinta también blanca y debajo de ella sus ojos incrédulos, su mirada de asombro. Se miraban unos a otros intentando descubrir que hacían allí: de que conocían a su compañero de la derecha... esa cara la habían visto antes, el de la izquierda los observaba como si pensara lo mismo. Otros buscaban con la mirada a su compañera de vida, la que había seguido junto a ellos desde el día en que decidieron que nunca más estarían solos y juntos habían recorrido un largo camino. Ellas oteaban entre las cabezas para buscar al que un día les propuso recorrer ese camino. Unas veces los encontraba y otras no lo conseguían, simplemente no estaban. Los adolescentes se agruparon y miraron sus vestiduras tan alejadas de los vaqueros y las zapatillas que hasta aquel momento habían usado. Se observaron unos a otros y emitieron algunos susurros, les parecía que levantar la voz, tan habitual en ellos, quizá rompería el momen-

XII DÍA DEL PÍNFANO CONCURSO DE RELATOS

to extraño y lleno de paz en el que estaban inmersos. Intentaban, a través de sus miradas, descubrir el porqué de su presencia en aquel lugar desconocido, el porqué de sus vestiduras blancas, el porqué de la ausencia de sus padres, de sus abuelos, de sus hermanos, el cómo habían llegado hasta allí.

Ese viaje no era como los que realizaban con sus familias en las vacaciones o en los fines de semana: no, no lo era, pero al mirar las caras de sus compañeros ninguno pudo adivinar que ocurría. Todos estaban igual de sorprendidos, aunque todos ellos sabían que pronto acabaría aquella incertidumbre. Lo sabían porque al cabo de un tiempo, cuando el camino parecía llegar a su fin, buscaron los ojos del resto de las personas mayores que ellos y en sus miradas descubrieron que ellos sí intuían porque estaban allí, quizá ellos eran demasiado jóvenes para comprenderlo, y sus semblantes serenos les inyectaron paz y sosiego.

Se sintieron tranquilos y confortados y supieron que no estarían solos, que pronto sabrían que estaba ocurriendo, y que al final de aquel camino encontrarían respuestas. No lucía el sol, el sol que todos ellos, jóvenes y mayores conocían, pero la luz que les envolvía era mucho más brillante que cualquier día de verano cuando el rey del cielo calentaba durante horas su ocio de vacaciones.

Un poco alejada, una construcción semejante a una plaza circular con columnas parecía esperar su llegada, pero antes debieron pasar todos ellos a través de un laberinto que no era tal. Se internaron en él en grupos, sin acuerdo previo y todos rozaron con sus manos el seto que lo conformaba. Todos llegaron a la plaza circular sin perderse en ningún momento y todos también dedujeron que era el laberinto más fácil que habían visto. Algunos pensaron que todo era un sueño del que pronto despertarían, otros se sintieron tranquilos y extrañamente felices, pero todos seguían sin comprender, a

XII DÍA DEL PÍNFANO CONCURSO DE RELATOS

pesar de la intuición de algunos, que estaban haciendo allí, como habían llegado y que vínculo los unía en aquel extraño lugar.

La plaza estaba vacía y volvieron mirarse unos a otros. No había camino de salida y comprendieron que su peregrinar había concluido. Personas como ellos, igualmente vestidas, aparecieron por detrás de las columnas y su extrañeza fue aún mayor al comprobar que se dirigían a ellos en solitario, en pareja, en grupo. Todos sabían a quién debían buscar y al encontrarlos sus sonrisas y su semblante confiado y pacífico tranquilizó sus corazones extrañados. Algunos de ellos conocían a los recién llegados de detrás de las columnas; habían recibido tiempo atrás sus abrazos, su cariño, su consuelo y consejos.

Juntos se dirigieron a las columnas de las que habían aparecido momentos antes. Detrás de cada una de ellas arrancaba un camino que finalizaba en pequeñas plazas, con un libro de grandes pastas situado en el centro de ellas. Ya no podían verse entre sí, solamente se vieron acompañados por las personas que los habían buscado en la plaza circular, la más grande, aquella a la que llegaron sin saber que hacían allí.

Los libros descansaban sobre grandes atriles, y a pesar de la luz brillante que los envolvía a todos, otra luz, esta vez dorada, iluminaba cada uno de ellos. Las hojas empezaron a pasar solas, sin que nadie las moviera ni hiciera ademán de hacerlo. Por cada uno de los libros desfilaron imágenes en movimiento como en una película. Ellos los miraron con extrañeza hasta que pasados los primeros momentos se dieron cuenta de eran sus vidas las que el libro les mostraba. No la vida presente, la que hasta ese mismo instante habían vivido, no, la que aparecía en aquellas imágenes era el futuro, la vida que les esperaba a partir de entonces. Se sintieron afortunados; nadie hasta ese momento, que ellos supieran, había tenido la oportuni-

XII DÍA DEL PÍNFANO CONCURSO DE RELATOS

dad de saber que les deparaba el tiempo. Miraron con interés creciente todo lo que en los libros iba apareciendo.

Los adolescentes supieron que serían médicos, abogados, investigadores, deportistas de élite, algún escritor, un músico reconocido, se enamorarían, serían padres y madres de uno, de dos, de tres hijos...

Los bebés, en brazos de sus madres, no podían entender de qué iba todo aquello pero ellas sí, y vieron a sus pequeños dar los primeros pasos, su primer día en el colegio, su primer diente, su primer amor, su primer beso, que para ellos y para sus padres sería el primero de cada acontecimiento en sus vidas por estrenar.

Los que ya peinaban canas vieron sus vidas futuras de jubilados tranquilos, rodeados de nietos traviesos y cariñosos, aprendiendo de nuevo a disfrutar de los momentos entrañables de una vida sin sobresaltos.

Los de mediana edad descubrieron que sus vidas laborales darían un vuelco, unos para bien, otros para no tan bien, pero saldrían adelante con esfuerzo y sacrificio; se vieron a sí mismos en las bodas de sus hijos, en las comuniones de sus nietos, en los cumpleaños de sus padres cuando cada año que pasa es un triunfo.

Los jóvenes, los que tenían una edad en la que ya no se es adolescente, observaron en sus libros sobre el atril como avanzaban en sus carreras, como creaban empresas de las que se sentirían orgullosos, como se levantarían una y otra vez a pesar de los malos ratos, de las noches sin dormir, de miles de números para salir adelante.

Todos vieron sus vidas futuras, sintieron las alegrías que les esperaban, las lágrimas que derramarían, el amor que les haría felices, las vacaciones al final de un año cargado de esfuerzo y trabajo, Navidades alegres, fines de año optimistas, primaveras verdes después de largos inviernos. Todos sintieron protagonistas de algo único y que no tenía explicación.

XII DÍA DEL PÍNFANO CONCURSO DE RELATOS

Los libros, donde aquellas imágenes habían dejado al descubierto el futuro, se cerraron todos a la vez y cada uno de ellos se quedó mirando sus pesadas pastas sabiendo que faltaba algo a lo que no habían tenido acceso. Ninguno había podido ver cómo sería su muerte, el fin de aquella vida que les había sido mostrada.

Se volvieron a sus acompañantes y éstos los miraron con cariño, sabiendo lo que esperaban de ellos. No hablaron, solo les señalaron con la mirada hacia donde debían dirigir la suya. Allí, alejado de todos, en una plaza semejante a la que todos ellos habían llegado, había un joven de mirada ausente; no estaba solo, dos personas le acompañaban, vestía igual que ellos y también tenía un enorme libro sobre un atril donde había visto su vida futura.

Se dirigieron hacia él, y al verlo leyeron en su mirada porqué estaban allí, quienes eran los que habían venido a recibirles y les habían enseñado aquellos libros mágicos. Se miraron unos a otros, supieron quiénes eran, por qué se conocían, y descubrieron que su destino se había entrelazado hacía unas horas. Se rebelaron, pero fue solo un segundo de tiempo; en aquel lugar no había sitio para la rebelión ni para la ira contra aquel joven.

Allí todos eran iguales, no cabían rencillas, ni preguntas, ni tristeza; allí solo había paz y perdón; un perdón que se prolongaría por toda la eternidad hacia aquel joven que, en un momento de locura, había estrellado contra una montaña el avión que el mismo pilotaba, desmembrando familias, sueños, vidas; las vidas de las que él tenía que cuidar y no lo hizo, las vidas que todos habían comprobado que ya no vivirían. Pero no había lugar para la tristeza, para la rabia, para el enfado.

Tenían a su lado a seres que habían venido a recibirlos, sus seres queridos que ya habían superado el trance por el que ellos estaban pasando.

**XII DÍA DEL PÍNFANO
CONCURSO DE RELATOS**

Se sintieron unidos otra vez, como aquella primera en la que, con pánico indescriptible, gritaron al comprender que sus vidas llegaban a su fin, algunas de ellas sin apenas empezar a vivirlas. Y se sintieron tan unidos que, al no haber lugar para la rabia, la tristeza, el enfado, dieron paso a lo que si tenía cabida, la Paz y el perdón eterno para aquel joven que, en aquella mañana del 27 de Marzo de 2015, estrelló su avión contra una montaña donde sus vidas quedaron truncadas para siempre.